

PERDONAR PARA VOLVER A VIVIR. Una reflexión sobre la misericordia, el perdón y la posibilidad de comenzar de nuevo

Hay palabras que todos conocemos, pero que no siempre sabemos vivir. Una de ellas es **perdón**. Sabemos pronunciarla. La escuchamos en la Iglesia. La rezamos en el Padrenuestro. La pedimos cuando reconocemos que hemos hecho daño. Incluso podemos aconsejarla a otros cuando atraviesan un conflicto. Pero otra cosa muy distinta es perdonar cuando la herida es profunda. Porque todos, en algún momento de nuestra vida, hemos sido heridos. Una palabra que no esperábamos, una injusticia, una traición, una decepción, una indiferencia, una relación que terminó mal, una ofensa que todavía recordamos. Algunas heridas desaparecen con el tiempo. Otras permanecen. Y entonces aparece una pregunta que atraviesa el Evangelio de este domingo: **¿Hasta dónde estamos dispuestos a perdonar?**

Pedro se acerca a Jesús y formula la pregunta intentando encontrar un límite razonable. Parece incluso generoso cuando propone perdonar hasta siete veces. Pero Jesús no responde estableciendo una cifra mayor simplemente para exigir más. Responde cambiando completamente la lógica.

No se trata de contar.

No se trata de llevar un registro de las ofensas.

No se trata de decir: «Esta vez sí, pero ya es la última».

Jesús habla de «setenta veces siete»: una manera de decir que el perdón no puede convertirse en una contabilidad.

Dejar de contar. Tal vez una de las cosas que más nos cuesta es precisamente dejar de contar. Recordamos cuántas veces nos fallaron. Recordamos cuánto hicimos nosotros por alguien y cuánto recibimos a cambio. Recordamos aquella palabra, aquella actitud, aquella injusticia. Y a veces construimos nuestra relación con una persona a partir de su peor momento. Jesús propone otra mirada. No porque la ofensa no importe. No porque el daño no exista. No porque debamos fingir que nada ocurrió. Sino porque **si vivimos contando permanentemente las ofensas, terminamos haciendo de ellas el centro de nuestra vida.**

La primera lectura expresa esta intuición de manera contundente: quien pide misericordia a Dios no puede permanecer indiferente ante la necesidad de perdonar a su hermano. La pregunta entonces cambia: No solamente: **«¿Cuántas veces tengo que perdonar?»** sino: **«¿Qué clase de persona estoy llegando a ser mientras decido no perdonar?»** Antes de ser perdonadores, somos perdonados. Aquí aparece el corazón del mensaje cristiano. Nosotros no comenzamos perdonando. Comenzamos siendo perdonados.

El salmo nos recuerda quién es Dios: compasivo, misericordioso, lento para la ira y rico en misericordia. No permanece eternamente acusando ni conserva para siempre el rencor. Ese es el rostro de Dios que Jesús viene a revelar. Dios no nos ama porque seamos perfectos. Dios nos ama también en nuestra fragilidad. Nos conoce con nuestras contradicciones, nuestros errores, nuestras omisiones, nuestras heridas y nuestras limitaciones. Y, sin embargo, no deja de ofrecernos la posibilidad de volver a empezar. Por eso el cristianismo no puede reducirse a una colección de normas morales. Antes de decirnos: **«Tienes que perdonar»**, el Evangelio nos dice: **«Mira cuánto has sido perdonado».**

El que se sabe perdonado empieza a mirar de otra manera a quien se ha equivocado.

El que ha necesitado una segunda oportunidad puede comprender mejor la necesidad de concederla.

El que ha experimentado misericordia puede convertirse en instrumento de misericordia.

Por eso la lógica cristiana es: **recibir misericordia → dejarse transformar → ofrecer misericordia.** Pertenecemos al Señor.

San Pablo introduce una afirmación que puede parecer, a primera vista, alejada del tema del perdón: **«En la vida y en la muerte somos del Señor».** Pero precisamente aquí encontramos una clave profunda. Si nuestra vida pertenece al Señor, entonces no podemos organizarla únicamente desde nuestras heridas. Cristo se convierte en el criterio último de nuestras respuestas. La pregunta deja de ser solamente: **«¿Qué me hicieron?»** para convertirse también en: **«¿Qué quiere hacer Cristo conmigo a partir de lo que me hicieron?»**

Porque una misma herida puede producir dos caminos. Puede convertirse en resentimiento. O puede convertirse, con el tiempo y con la gracia, en una experiencia que nos haga más humanos, más prudentes, más compasivos y más libres. No elegimos siempre lo que nos sucede. Pero podemos ir aprendiendo a elegir qué hacemos con aquello que nos sucede. Perdonar no significa decir que no pasó nada. Aquí necesitamos detenernos. Hablar de perdón cristiano sin hablar de justicia sería una simplificación peligrosa. **Perdonar no significa justificar el mal.**

No significa decir que una injusticia estuvo bien.

No significa negar el dolor de quien fue herido.

No significa eliminar las consecuencias de los actos.

No significa permitir que alguien continúe dañándonos.

No significa regresar necesariamente a una relación que se volvió destructiva.

Y tampoco significa borrar la memoria.

Podemos recordar lo sucedido sin vivir dominados por el odio.

Podemos establecer límites y, al mismo tiempo, perdonar.

Podemos buscar justicia y renunciar a la venganza.

Podemos reconocer la gravedad de una conducta y seguir creyendo que una persona no debe quedar reducida para siempre a su peor error.

El perdón no elimina la responsabilidad; elimina la necesidad de hacer del odio nuestra manera de vivir. Perdonar no es olvidar: es dejar de vivir prisioneros del pasado. Hay heridas que no desaparecen simplemente porque decidamos perdonar. A veces el proceso es largo.

Primero hay que reconocer el dolor.

Hay que aceptar la indignación.

Hay que poder decir: «Esto me hizo daño».

Hay que hablar, pedir ayuda cuando sea necesario, poner límites y recuperar la propia dignidad.

La ira puede ser una reacción inicial ante una injusticia. El problema aparece cuando esa ira se transforma en odio permanente, resentimiento o deseo de venganza. El propio texto señala esta diferencia y presenta el perdón como un proceso que no consiste en reprimir el dolor, sino en dejar de alimentarlo destructivamente. Por eso quizá podamos decir:

Perdonar no cambia lo que ocurrió; cambia el poder que aquello tiene sobre nosotros.

El pasado no puede ser modificado. Pero puede dejar de gobernar nuestro futuro. El resentimiento también nos encadena. A veces pensamos que no perdonar significa hacer sufrir al otro. Pero muchas veces ocurre exactamente lo contrario. La persona que guarda permanentemente una ofensa puede continuar viviendo alrededor de quien la hirió, aunque esa persona ya no esté presente. El otro se fue. La relación terminó. El acontecimiento ocurrió hace años. Pero continúa ocupando espacio en nuestra memoria, en nuestras emociones y en nuestras decisiones. Por eso el perdón puede ser también un acto de libertad. Es como decir: **«No voy a permitir que aquello que hiciste determine para siempre quién seré yo».**

La venganza puede producir una satisfacción momentánea, pero no necesariamente cura la herida. El texto insiste en que el perdón puede liberar a quien ha sido ofendido y devolverle la posibilidad de construir nuevos proyectos. Perdonar, entonces, no es simplemente liberar al otro. También es comenzar a liberarnos nosotros.

La parábola del servidor sin misericordia. Jesús cuenta entonces una parábola que nos coloca delante de un espejo. Un hombre recibe el perdón de una deuda enorme. Se le concede una oportunidad que no podía exigir. Pero inmediatamente después encuentra a alguien que le debe mucho menos y se niega a tener misericordia. El problema no es simplemente que aquel hombre haya sido cruel. El problema es que **recibió misericordia sin dejarse transformar por ella.** Fue perdonado, pero continuó viviendo como si nunca hubiera necesitado perdón. Y aquí aparece una pregunta incómoda para todos nosotros: **¿Qué hacemos con la misericordia que recibimos?**

Porque podemos recibirla y transmitirla. Pero también podemos recibirla y negársela a los demás. Podemos pedir comprensión para nuestros errores y ser implacables con los errores ajenos. Podemos pedir una segunda oportunidad para nosotros y negar cualquier posibilidad de recomenzar a quien nos decepcionó. Podemos recordar nuestra fragilidad

cuando necesitamos comprensión y olvidar la fragilidad del otro cuando somos nosotros quienes juzgamos. La parábola nos invita a mirar primero nuestra propia vida.

El Padrenuestro: una oración peligrosa. Quizá por eso el Padrenuestro sea una oración mucho más exigente de lo que acostumbramos pensar. Todos los días podemos decir: **«Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos...»** Pero ¿hemos pensado realmente qué estamos pidiendo? Estamos pidiendo que la misericordia de Dios alcance nuestra vida. Y, al mismo tiempo, estamos aceptando convertirnos en personas capaces de ofrecer misericordia. Es una oración hermosa. Pero también es una oración peligrosa. Porque nos obliga a preguntarnos:

¿A quién necesito perdonar?

¿De quién necesito pedir perdón?

¿Qué ofensa sigo alimentando?

¿Qué persona continúa ocupando mi corazón solamente porque todavía no he podido liberarla de mi resentimiento?

La Eucaristía nos recuerda que la misericordia se recibe y se comparte. La Eucaristía lleva esta lógica al centro de la vida cristiana. Nos reunimos alrededor de una misma mesa porque todos necesitamos la gracia. El gesto de la paz no es simplemente una costumbre litúrgica. Expresa algo mucho más profundo: quien se acerca a Cristo está llamado también a construir paz con los hermanos.

El texto original subraya esta conexión entre la reconciliación, el Padrenuestro, el gesto de la paz y la Eucaristía. Por eso participar de la Eucaristía debería hacernos salir un poco distintos de como entramos. No solamente porque hemos recibido a Cristo. También porque estamos llamados a convertirnos en presencia de Cristo para los demás. ¿Qué ocurriría con nuestras familias si aprendiéramos a perdonar? Pensemos por un momento en nuestras relaciones más cercanas.

¿Cuántas familias viven todavía de antiguas heridas?

¿Cuántas parejas continúan discutiendo sobre problemas que ocurrieron hace años?

¿Cuántos hermanos dejaron de hablarse?

¿Cuántas amistades terminaron porque nadie quiso dar el primer paso?

¿Cuántas comunidades conservan durante años las heridas de antiguos conflictos?

Y hoy podríamos añadir una pregunta nueva: **¿Cuántas relaciones se rompen porque una equivocación queda registrada para siempre?**

Vivimos en una época en la que una palabra puede convertirse en captura de pantalla, una discusión puede hacerse pública y una equivocación puede ser recordada indefinidamente. Necesitamos recuperar una cultura de la segunda oportunidad. No una cultura de la impunidad. No una cultura que justifique cualquier comportamiento. Sino una cultura que sea capaz de decir: **«Lo que hiciste estuvo mal, pero no estás condenado a ser para siempre aquello que hiciste».**

El Evangelio frente a la cultura de la venganza. Nuestra sociedad conoce muchas formas de venganza. Algunas son evidentes. Otras son más sutiles.

Ignorar.

Desprestigiar.

Excluir.

Humillar.

Difundir.

Devolver la ofensa.

Esperar que el otro fracase.

Recordarle permanentemente su pasado. El problema es que la venganza rara vez termina donde comenzó. Una ofensa produce otra. La otra genera una nueva respuesta. Y finalmente nadie recuerda siquiera dónde comenzó el conflicto. Jesús propone introducir una ruptura.

Que el mal no siga pasando de una persona a otra. Que alguien pueda decir: **«El mal termina conmigo».** Esta podría ser una de las expresiones más profundas del Evangelio para nuestro tiempo.

No transmitiré el odio que recibí. No convertiré mi herida en una nueva herida para los demás. No haré pagar a otra persona aquello que alguien me hizo. No permitiré que el dolor recibido determine la manera en que trataré a quienes encuentre en mi camino.

Perdonar también es una forma de construir Sociedad. El perdón no pertenece únicamente al ámbito privado. Una sociedad necesita justicia, pero también necesita misericordia. Necesita responsabilidad, pero también necesita rehabilitación. Necesita memoria, pero también necesita capacidad de superar el odio. Necesita corregir el mal sin deshumanizar a quien lo cometió. El texto desarrolla precisamente esta dimensión social: el perdón no significa desconocer la justicia, sino buscar caminos que permitan detener la espiral del mal y favorecer la rehabilitación, evitando que la respuesta social se convierta simplemente en una reproducción de la venganza. Esto tiene consecuencias enormes. Una sociedad sin capacidad de perdonar queda atrapada en sus propios conflictos. Una familia sin perdón se vuelve inhabitable. Una comunidad sin perdón se fragmenta. Una Iglesia sin perdón contradice aquello que anuncia. Y una persona sin capacidad de perdonar puede terminar viviendo prisionera de su propio pasado.

Entonces, ¿qué nos pide Jesús?

No nos pide que dejemos de sentir.

No nos pide que neguemos las heridas.

No nos pide que llamemos bueno a lo que fue malo.

No nos pide que abandonemos la justicia.

Nos pide algo más profundo:

que no dejemos que el mal nos transforme en aquello que combatimos.

Que el dolor no nos convierta en personas violentas.

Que la traición no nos convierta en personas incapaces de amar.

Que la injusticia no nos transforme en personas injustas.

Que el odio recibido no se convierta en odio transmitido.

Que podamos seguir siendo libres para elegir el bien.

Y eso es mucho más que olvidar.

Es **volver a vivir**.

Seis decisiones para comenzar a vivir el perdón. El Evangelio no puede quedar solamente en una hermosa reflexión. Necesita convertirse en una decisión concreta. Por eso, esta semana podemos comenzar con seis pasos.

1. Reconocer una herida. Preguntarme con sinceridad: **¿Qué persona o situación todavía me duele?** No para alimentar el resentimiento, sino para reconocer aquello que necesita ser sanado.

2. Dejar de alimentar la contabilidad. Elegir una ofensa que sigo utilizando como argumento contra alguien y decidir: **«No voy a seguir sumando»**. No significa negar lo sucedido. Significa dejar de construir mi identidad alrededor de ello.

3. Pedir perdón por mi propia parte. Quizá la pregunta no sea solamente: **«¿Quién me hizo daño?»** También: **«¿A quién he herido yo?»** El perdón cristiano comienza muchas veces diciendo dos palabras que pueden cambiar una relación: **«Perdóname»**.

4. Separar justicia de venganza. Cuando haya existido una injusticia, preguntarme: **«¿Estoy buscando que se repare el mal o estoy buscando que el otro sufra?»** La justicia puede ser necesaria. La venganza no tiene por qué gobernarnos.

5. Dar un paso hacia la reconciliación cuando sea posible

No siempre será posible.

No siempre será prudente.

No siempre habrá condiciones para reconstruir una relación.

Pero cuando exista un camino seguro y posible, quizá podamos dar el primer paso:

un mensaje,

una conversación,

una disculpa,
un gesto,
una llamada,
un silencio que deje de ser hostilidad.

6. Convertir el perdón en un estilo de vida. No esperar solamente las grandes heridas. Practicarlo en lo pequeño:
no devolver una palabra hiriente,
no difundir una ofensa,
no alimentar un comentario,
no etiquetar a una persona por su peor momento,
saber pedir disculpas,
conceder una segunda oportunidad,
y recordar cada día que también nosotros vivimos de la misericordia.

Para terminar: ¿qué sería de nosotros sin el perdón? Tal vez ésta sea la pregunta que finalmente nos deja Jesús.

¿Qué sería de nuestras familias sin perdón?

¿Qué sería de nuestras amistades?

¿Qué sería de nuestras comunidades?

¿Qué sería de nuestras Iglesias?

¿Qué sería de nuestra sociedad?

Y, finalmente: **¿Qué sería de nosotros mismos si Dios no nos ofreciera la posibilidad de volver a empezar?**

Necesitamos el perdón porque somos frágiles.

Necesitamos perdonar porque los demás también son frágiles.

Necesitamos pedir perdón porque nosotros también herimos.

Necesitamos recibir misericordia porque ninguno de nosotros puede vivir solamente de sus méritos.

Y necesitamos ofrecer misericordia porque el mundo ya conoce demasiado bien lo que sucede cuando la ofensa se convierte en odio y el odio se convierte en venganza. Jesús nos propone otro camino.

No el camino de olvidar todo.

No el camino de permitirlo todo.

No el camino de renunciar a la justicia.

Sino el camino de **romper la cadena del mal**. Por eso quizá podamos llevarnos hoy una sola frase: **No puedo cambiar lo que me hicieron, pero puedo decidir qué haré con aquello que me hicieron.**

Puedo quedarme viviendo en la herida. O puedo comenzar un camino de sanación.

Puedo alimentar el resentimiento. O puedo comenzar a liberarme.

Puedo devolver el mal. O puedo detenerlo.

Puedo vivir contando las ofensas. O puedo descubrir que también yo vivo gracias a un Dios que no lleva una contabilidad de mis errores.

Porque Dios es misericordia. Cristo nos ha mostrado ese rostro. Y nosotros, que hemos sido perdonados, estamos llamados a convertirnos en personas capaces de perdonar. Entonces comprendemos finalmente que el perdón no es simplemente algo que hacemos por los demás. Es también algo que hacemos **para recuperar nuestra propia libertad**. Porque perdonar no cambia el pasado. Pero puede cambiar nuestro presente. Y puede abrir un futuro nuevo. **Perdonar es dejar de vivir prisioneros de lo que ocurrió para comenzar a vivir desde lo que todavía puede ser.** Ese es el desafío de Jesús. Y quizá también sea una de las necesidades más profundas de nuestro mundo.

Perdonar para volver a vivir.